

## **Cultura y sociedad en América Latina: una revaloración\***

*Rodolfo Stavenhagen*

UNA DE LAS COSAS QUE A MENUDO SORPRENDE a observadores externos respecto a América Latina es la aparente unidad cultural de la docena y media de países en donde el español es idioma oficial. De hecho, exceptuando quizás el área cultural árabe, hay pocas regiones en el mundo en donde un número tan amplio de estados independientes compartan un idioma común y, hasta cierto punto, una historia, una religión y un conjunto de valores y un *ethos* comunes. Además, y con razón, a Brasil se le incluye a veces en la lista, a pesar de que son muchas sus diferencias con las naciones hispanoamericanas.

Desde hace más de un siglo, los intelectuales latinoamericanos han intentado conscientemente construir una cultura e identidad propias para América Latina. Por cierto, este esfuerzo colectivo no ha sido ajeno a los intereses políticos tendientes a forjar la unidad económica y política de Latinoamérica; sin embargo, ambas tendencias no deberán ser confundidas porque representan, de hecho, dos dinámicas distintas. Podría incluso afirmarse que hemos tenido éxito en lo que respecta al nivel cultural que en los niveles económico y político.

El concepto mismo de "América Latina" no tuvo su origen en el subcontinente. Fue acuñado por un apologista francés de la corte de Napoleón III, quien vio en "La Latinité" un argumento ideológico apropiado para contrarrestar el expansionismo anglo-americano en el continente, favoreciendo a la vez sus propias intenciones imperialistas.

En un principio, nuestros intelectuales liberales no aceptaron de buena gana esta "latinidad" de inspiración francesa; muchos de ellos

\* Este trabajo fue presentado en el Simposio sobre alternativas futuras de América Latina, organizado por la Universidad de las Naciones Unidas, ante un público internacional que no necesariamente conocía de cerca los problemas de la cultura y la sociedad en América Latina, en julio de 1985. Traducción del original en inglés por Marina Stavenhagen.

eran incluso más propensos a buscar inspiración en los Estados Unidos y su Doctrina Monroe, identificados éstos con el progreso y la modernidad. Los llamados “pensadores” del siglo XIX veían a Estados Unidos como el modelo a seguir en la lucha por la “segunda emancipación”, la cultural, que tendría lugar después de la independencia política.

En los países hispanos, la élite intelectual estaba generalmente dividida entre grupos tradicionales y conservadores, fuertemente identificados con la herencia española y católica, y los elementos modernizadores y progresistas, que rechazaban esa tradición, considerándola como feudal y retrógrada, y deseaban al mismo tiempo incorporar a la cultura latinoamericana algo de la ilustración francesa, del racionalismo británico y del pragmatismo y empirismo norteamericanos.

Sin embargo, en la medida en que las presiones políticas y económicas asociadas al destino manifiesto yanqui empezaron a hacerse sentir en el desarrollo de América Latina, sobre todo a partir de mediados del siglo pasado, las nuevas generaciones de intelectuales “latinos” se volvieron más críticas respecto al modelo cultural angloamericano. Sobrevino entonces una tendencia a “mirar hacia adentro”, con el objeto de buscar las raíces culturales y la identidad no en modelos extranjeros sino en las propias sociedades latinoamericanas, en su composición étnica e histórica.

La búsqueda de raíces, de una identidad propia, en contraposición a la simple trasposición y adaptación de modelos culturales franceses, británicos o norteamericanos a las circunstancias nacionales, se tornó casi una obsesión para muchas generaciones de escritores, artistas, músicos y filósofos latinoamericanos, en una actitud estrechamente relacionada con el proceso político y económico de la “construcción nacional”. Detrás de todo ello, se encontraba, por supuesto, una elección política. Después del fracaso del sueño unitario bolivariano de una sola nación americana de California a la Tierra del Fuego, que pudiera contrarrestar la ya entonces evidente amenaza que la hegemonía norteamericana representaba para el continente, los nuevos estados independientes tuvieron que desarrollar las formas y contenidos de sus verdaderas “culturas nacionales”, inventándolas y creándolas allí donde aún no existían, como era efectivamente el caso en todas partes. Y éste suele ser un proceso lento y doloroso que aún no se ha completado en América Latina.

Así, se dio una profunda contradicción en este proceso de evolución cultural entre la búsqueda de una verdadera identidad “americana” y el casi desesperado anhelo de “progreso” y “modernidad”. Esto último suponía deshacerse de las trabas de un degradante pasado colonial y feudal para acoger los valores y las instituciones importados de Europa y Estados Unidos. A su vez, la búsqueda de una verdadera identidad americana significaba el rechazo a los modelos extranjeros

npuestos de manera artificial y la elaboración de lo que podría llamarse una "cultura nacional". Esta contradicción ha caracterizado la historia cultural de América Latina por más de un siglo y permanece aún en el centro de los grandes debates culturales que tienen lugar en la actualidad.

Otra de las contradicciones importantes en este proceso se fundando entre la necesidad de una cultura nacional, por un lado, y la integración a una cultura regional o continental, por otro. Mirar hacia adentro no sólo significó el rechazo a modelos extracontinentales —aun cuando estos modelos no fueron nunca realmente rechazados sino, por el contrario, activamente incorporados y absorbidos por la cultura latinoamericana a lo largo de un proceso que ha representado ambigüedades permanentes y persistentes en el desarrollo cultural de América Latina. Mirar hacia adentro significó también subrayar lo distintivo de lo nacional frente a los rasgos culturales comunes compartidos por otros países. Esta situación, sin embargo, no fue de ninguna manera producto de decisiones subjetivas o arbitrarias por parte de las élites culturales del continente, sino el resultado de la fragmentación política y cultural que tuvo lugar tras el resquebrajamiento del imperio español.

Tres siglos de dominio colonial habían creado en América Latina una estructura económica y una administración política fuertemente centralizadas en España, cuyo principal éxito había sido, sin embargo, incorporar todas las regiones dispares de Latinoamérica en una red de unidades funcionalmente interrelacionadas. Había más contacto e intercambio entre las provincias americanas del imperio español durante la época colonial, que entre los estados independientes de la región durante el siglo XIX y principios del XX. Contrariamente a lo que ocurrió en los Balcanes un siglo después cuando, después del resquebrajamiento de los imperios otomano y austro-húngaro, cada una de las naciones preexistentes pudo finalmente establecer su propio Estado, en Latinoamérica los nuevos estados fueron a menudo creados para satisfacer las ambiciones de líderes políticos o militares, o de pequeñas camarillas dominantes, y la tarea de formar una nación que diera contenido y sustancias a ese cascarón político y militar fue dejada para después. La elaboración de una cultura nacional se transformó en un objetivo primordial de los nuevos estados de América Latina una vez que se apaciguaron los desórdenes políticos del periodo posindependencia y que pudo alcanzarse cierta estabilidad económica.

Tres razones primordiales sustentan la importancia de este objetivo. En primer lugar, era necesario legitimizar el poder político. Los dirigentes de las distintas facciones revolucionarias, las dictadoras militares, los caciques regionales empujados por las circunstancias a desempeñar papeles de importancia nacional, los falsos "emperadores" autoinvestidos y los representantes electos por el puñado de "no-

tables” que controlaban el proceso político durante el periodo de Independencia —es decir, más o menos durante todo el siglo XIX—, necesitaban más que los atavíos externos de autoridad para dejar su huella en la historia. Hablaban y actuaban en nombre de la “nación” o del “pueblo”, esa entidad abstracta que, de hecho, aún no existía. Necesitaban una nación en cuyo nombre pudieran legitimar el poder que habían obtenido, en cuyo nombre pudieran tratar como iguales a otros estados, y para cuyo beneficio y bienestar habían sido electos, designados, ungidos o llamados por el pueblo a hacer una revolución. De tal manera que allí en donde había un Estado, tenía que haber una nación, y en donde había una nación debía existir una cultura nacional. Las élites intelectuales recogieron la estafeta.

En segundo lugar, la construcción nacional era importante porque tras el desmembramiento del imperio español en América, los nuevos y aún débiles estados eran fácil presa para las ambiciones expansionistas e imperialistas de británicos, franceses y norteamericanos. Si ninguna de estas potencias fue capaz de establecer un dominio formal y permanente sobre las naciones latinoamericanas, ello se debió fundamentalmente a las rivalidades existentes entre ellas mismas (y la unilateral Doctrina Monroe de Estados Unidos) originándose formas indirectas de dominación política y económica sobre los nuevos estados en vez del dominio cultural directo. El nacionalismo y la cultura nacional devinieron poderosos instrumentos destinados a fortalecer a los nuevos estados ante las ambiciones de imperios extranjeros y de vecinos hostiles. No hay duda respecto al hecho de que países como Paraguay, Perú, Ecuador, Colombia, Chile, Bolivia, Guatemala, Panamá y México desarrollaron y fortalecieron su conciencia nacional a raíz de su resistencia ante las invasiones extranjeras que sufrieron, o bien como resultado de guerras con estados vecinos y de su rechazo a ser incorporados en unidades políticas más amplias.

En tercer lugar, el desarrollo de la conciencia nacional y, con ello, de la cultura nacional, se transformó en una cuestión imperativa para la construcción del aparato de Estado (administración pública) y de la economía nacional (desarrollo económico). Y es aquí en donde encontramos la tercera contradicción importante en la evolución cultural de las naciones latinoamericanas.

Esta contradicción es la que se encuentra entre el concepto de cultura nacional, tal como ha sido adoptado por las élites intelectuales y políticas, y la cruda realidad de estructuras sociales y económicas fragmentadas, desintegradas y sumamente polarizadas, así como, en algunos países, una composición de la población altamente diferenciada en términos étnicos y culturales.

Alguna vez un proyecto histórico nacional pareciera cristalizarse haciendo converger esa “voluntad” nacional o popular tan anhelada por los nacionalistas románticos del siglo XIX. Pero más a menudo la

cultura nacional” no representaba más que los deseos más o menos coherentemente articulados de la pequeña clase dominante, heredera de la administración colonial y desesperadamente necesitada de legitimar su poder y de desarrollar los mecanismos destinados a excluir del aparato político a las masas populares (campesinos, indios, esclavos negros que tomaron parte en las guerras de Independencia).

Los frutos de la Independencia fueron rápidamente apropiados por los criollos y la oligarquía terrateniente, quienes estaban separados por un profundo abismo social y cultural de los mestizos y, por supuesto, de las masas de campesinos indígenas, así como, en ciertos países, de la población negra de origen esclavo.

En opinión de numerosos observadores, durante la primera mitad del siglo XIX las sociedades latinoamericanas no constituían aún estados nacionales, sino una serie de unidades regionales vagamente interrelacionadas y basadas en una economía agraria parcialmente autosuficiente, que ha sido descrita como semifeudal. En ese contexto, muchos de los conflictos existentes entre las distintas facciones de la clase dirigente expresaban las tensiones generadas por la necesidad de un Estado fuerte y centralizador (preferido por las clases medias urbanas y la burguesía emergente), en contraposición a intereses regionales centrifugos y a menudo separatistas, que eran fundamentalmente agrarios. La idea de una cultura nacional se transformó así, en cierta manera, en un arma ideológica al servicio del centralismo representado, en términos generales, por los liberales, los progresistas, los modernizadores de aquella época.

Una profunda y mucho más persistente división existía entre los pequeños grupos dominantes, dueños de la tierra y las minas, y el campesinado indígena subordinado. De hecho, en numerosos países los indios conformaban la mayoría de la población y ocupaban los peldaños más bajos de la estructura socioeconómica. Las naciones latinoamericanas han sido descritas como “sociedades duales”, y su estructura socioeconómica altamente polarizada se mantuvo en muchas partes hasta principios del siglo XX.

La división de clases era también una división cultural. Las poblaciones indígenas subordinadas habían sido incorporadas a la economía colonial como mano de obra servil, y un rígido sistema de estratificación y segregación los mantenía efectivamente fuera del proceso político. Después de la Independencia, la esclavitud y la servidumbre fueron abolidas, proclamándose la igualdad legal de todos los ciudadanos. Sin embargo, la subordinación y explotación de los indios persistió, fundamentalmente a través de los sistemas de tenencia y explotación de la tierra.

El concepto de Estado nacional y de cultura nacional era manejado por las clases altas, los descendientes blancos de los colonos europeos, la aristocracia terrateniente, los elementos burgueses urbanos. El mo-

delo de nación moderna que iba de la mano con el desarrollo de la economía capitalista era el de las democracias liberales de Occidente, según los lineamientos planteados por franceses, británicos y norteamericanos. De hecho, las constituciones políticas de América Latina eran copias más o menos fieles de la constitución norteamericana, e incorporaban al mismo tiempo elementos del sistema legal napoleónico.

El sistema educativo, aunque todavía influido por el modelo colonial elitista español, pronto adoptó conceptos europeos (sobre todo franceses) y norteamericanos. Las élites latinoamericanas se consideraban parte de la civilización occidental, debido a la religión, el idioma y el *ethos* cultural. El hecho de que a principios del presente siglo la mayoría de la población en numerosos países continuara hablando uno de los cientos de idiomas indígenas existentes y continuara viviendo en comunidades cerradas, semiaisladas o tribales, de acuerdo a costumbres y tradiciones propias (a pesar de que gran parte de esta población había sido convertida por la fuerza al catolicismo a principios de la colonización), no alteró básicamente la percepción nacional que las clases dominantes tenían de sí mismas.

De hecho, las poblaciones indígenas eran consideradas un obstáculo para la integración nacional, y por tanto, una amenaza para el legítimo lugar que las élites nacionales creían ocupar entre las naciones civilizadas del mundo. Los principales líderes intelectuales del siglo XIX menospreciaban abiertamente a las culturas indígenas, considerándolas inferiores a la cultura dominante de la época. Además, gran parte del esplendor y brillo de las civilizaciones indígenas prehispánicas había desaparecido hacía mucho tiempo y la población restante no era más que una débil sombra de sus antepasados. Sin embargo, no debió culparse a las propias culturas indígenas de este proceso (como lo hicieron los líderes intelectuales de aquel entonces), ya que fue el sistema de explotación colonial el que había desmembrado y desorganizado a las civilizaciones indígenas, reduciéndolas apenas a una masa de mano de obra explotable. Y a esto se agregó también el impacto destructivo de la expansión de la economía capitalista.

La ideología dominante, basada en el liberalismo y el positivismo, consideraba que el elemento indio o indígena no tenía lugar alguno en las nuevas culturas nacionales que se estaban edificando. El Estado y las clases dominantes utilizaron todos los mecanismos posibles para eliminar esas "lacras", ya que consideraban que ponían en peligro sus posibilidades de transformarse en naciones verdaderamente modernas. En numerosos países incluso, la violencia y el uso de expediciones militares "limpiaron el terreno" para los ganaderos y los nuevos pioneros y empresarios agrícolas, en un proceso que exterminó físicamente a los pueblos indígenas. Esto sucedió en Uruguay, Argentina y Chile, así como en algunas regiones de Brasil y otros países. Este

modelo recuerda el proceso colonizador que funcionó tan eficazmente en la historia de Estados Unidos.

En todo este proceso no faltó una dosis importante de racismo. De acuerdo con la ideología racista en boga durante las postrimerías del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, ávidamente aceptada por numerosos miembros de la élite cultural latinoamericana, los pueblos indígenas debían ser considerados como racialmente inferiores a los descendientes blancos de los europeos y, por lo tanto, como incapaces de tener acceso a los niveles superiores de la vida civilizada. Esta visión se extendió incluso entre el creciente número de mestizos, esa población biológicamente mezclada que devendría elemento étnico mayoritario en muchas naciones de América Latina durante el siglo XX.

En lo que respecta a los indígenas, la ideología racista sugería que la única salida posible para las naciones latinoamericanas era iniciar un proceso tendiente a mejorar el "linaje biológico" de la población mediante la inmigración masiva de europeos. Determinados países, como Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Venezuela, Costa Rica y en menor grado algunos otros, pusieron en práctica una política sistemática destinada a atraer inmigrantes europeos, de quienes se esperaba que aportaran tecnología, capital, habilidad y espíritu emprendedor a los países atrasados, contribuyendo eventualmente al "blanqueo" racial de la población y al subsecuente progreso (ya que el concepto de desarrollo aún no había sido acuñado) de estas naciones.

La ideología racial no ha desaparecido en lo absoluto de la visión de la élite cultural en América Latina. Sin embargo, por razones obvias ancladas en la historia reciente del mundo, esta ideología ha sido ampliamente desacreditada. Lo que muchos racistas criollos preferían olvidar era que, desde la óptica de los ideólogos anglosajones, las propias razas "latinas" (a las que evidentemente pertenecían nuestros ideólogos) eran consideradas como inferiores con respecto a las normas anglosajonas, célticas, arias o teutónicas (para mencionar sólo algunas de las categorías raciales que se transformaron en juicios de valor con una enorme carga política). Se ha dicho con frecuencia que en América Latina el racismo como ideología oficial no echó raíces, a diferencia de la situación en Estados Unidos, y que el mestizaje que comenzó desde los principios de la época colonial impidió el surgimiento del racismo. Si bien es cierto que el mestizaje se desarrolló rápidamente, no es correcto afirmar que no hubo racismo. En el fondo, la evolución cultural de los siglos XIX y XX estuvo caracterizada por una fuerte corriente de pensamiento racista, que contribuyó a conformar un perfil cultural, esgrimido con eficacia por las clases dirigentes, del cual estaban prácticamente excluidos los pueblos indígenas subordinados (con sus idiomas, costumbres y tradiciones, cosmovisión y organización social, así como su producción artística).

El principal acontecimiento étnico del siglo xx, en aquellas naciones en las que los indígenas no habían sido completamente exterminados, fue el rápido crecimiento de la población mestiza. El número de los blancos "puros" (si es que alguna vez existió categoría tal y, por supuesto, el concepto mismo de raza blanca no corresponde a ningún dato científicamente comparable), disminuía rápidamente, de la misma manera en que lo hacía la proporción relativa de indígenas "puros" en la población global. La población mestiza ocupó asimismo los peldaños intermedios del sistema de estratificación social y económica, identificándose cada vez más (sobre todo en la actualidad) con las pujantes clases medias latinoamericanas. No tardaron mucho los intelectuales en descubrir las hasta entonces desconocidas virtudes de los mestizos.

A diferencia de lo que solía creerse anteriormente, de que el mestizaje resultaba a todas luces negativo, ahora se consideraba que los mestizos habían incorporado en una sola raza lo mejor de las dos razas originales que intervinieron en su hechura. Los mestizos se transformaron pronto en el soporte del nuevo concepto de nacionalidad, que implicaba el fortalecimiento del Estado nacional. Este ascenso del mestizo, ahora alabado en la literatura, en las ciencias sociales y en el discurso político, coincidió con la creciente presencia política de partidos provenientes de las clases medias y movimientos sociales que, hacia mediados del siglo xx, habían prácticamente desplazado del centro del escenario a los partidos oligárquicos más tradicionales. José Vasconcelos, pedagogo y filósofo mexicano del siglo xx, llamó a los mestizos una "raza cósmica", augurando a la vez un papel primordial para América Latina en la historia del mundo.

El concepto de "América mestiza" fue acuñado por algunos antropólogos para distinguir aquellas naciones con amplia población indígena de los países del cono sur en los que los indios habían prácticamente desaparecido. Hoy en día, el término mestizaje no sólo se refiere al proceso de fusión racial, sino también al proceso de sincretismo cultural o aculturación por medio del cual las dos grandes tradiciones culturales que chocaron en el siglo xvi se habían transformado en una única y global cultura emergente que en cada una de las naciones involucradas es ahora considerada como la cultura "nacional". Por lo menos éste es el argumento esgrimido por aquellos que ven en el mestizo la médula del nacionalismo y de la unidad nacional.

En la medida en que la solución "racial" (o más bien racista) al problema de la diversidad étnica y cultural (tal como la veían las élites dirigentes) ha caído en desgracia, se ha puesto énfasis en la cuestión cultural. Aun cuando los pueblos indígenas han dejado de ser considerados racialmente inferiores a la población blanca o mestiza, las culturas indígenas se juzgan como atrasadas, tradicionales e incapaces de conducir hacia el progreso y la modernidad. Más aún, la existencia de



una diversidad de culturas indígenas, distintas a la cultura dominante, occidental y urbana, ha sido considerada por los detentadores del poder político y económico, como un obstáculo a los esfuerzos por lograr la unidad nacional y el desarrollo. Así, la solución encontrada por gobiernos y científicos sociales ha sido la de fomentar lo que se ha dado en llamar aculturación, asimilación, incorporación o integración. Con este propósito, los gobiernos han establecido instituciones especializadas y han puesto en práctica políticas específicas en los campos educativo, cultural, económico y social, destinadas a "integrar" a las poblaciones indígenas a la cultura dominante.

En la América Latina moderna, el concepto de cultura nacional se ha sustentado en la idea de que las culturas indias no existen; o bien, que si existen tienen nada o muy poco que ver con la cultura nacional; y que, en todo caso, tienen muy poco que contribuir a la cultura nacional (su grandeza, si acaso, pertenece sólo al pasado histórico); en fin, que tales culturas, si aún existen, no son más que vestigios de esplendores pasados y tienden naturalmente a desaparecer, razón por la cual lo mejor que puede hacer un gobierno progresista y modernizante es apresurar su fin. De este modo, no sólo se beneficiaría la fortaleza de la unidad y cultura nacionales, sino que los propios pueblos indígenas se verían beneficiados en términos de su desarrollo material y espiritual, así como su modernización y progreso.

De este modo, en términos políticos y culturales, la idea de nación en la América Latina contemporánea está basada en la negación de las culturas indígenas. Los proyectos de desarrollo en las regiones indias tienen por objetivo mejorar las condiciones y patrones de vida de las comunidades rurales indígenas (la mayoría de los indios siguen siendo campesinos), y actualmente existen numerosos proyectos de este tipo que de hecho contribuyen a la desaparición de los indios como tales. Éste ha sido, de hecho, durante décadas el objetivo de las políticas indigenistas que numerosos países han adoptado de acuerdo a las recomendaciones que periódicamente hacían los congresos indigenistas interamericanos a partir de 1940. Solamente desde 1980 ha cambiado el lenguaje abiertamente asimilacionista de estos encuentros internacionales.

Excepto en los museos, las artesanías, el folclore y como atracciones turísticas, a los indios les ha sido negado el derecho a una existencia cultural colectiva en América Latina. Curiosamente, en la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas, tal como sucedía anteriormente en la Sociedad de las Naciones, los delegados de América Latina siempre negaban que existieran "minorías" en su respectivos países y que hubiera problemas de minorías. Esta actitud ha cambiado en los últimos 15 años a raíz del surgimiento en Latinoamérica de una nueva conciencia respecto al (mal) llamado "problema indígena".

Mientras que en algunos países los indios representan minorías relativamente pequeñas, aisladas regionalmente, en otros constituyen a veces la mitad, si no es que una proporción mayor de la población total. En esos países, los indios constituyen una minoría "sociológica" y no "numérica". En toda América Latina existen por lo menos 400 grupos étnicos indígenas diferentes, cada uno de los cuales tiene su propio idioma, cultura y modo de vida. Estos grupos van desde las pequeñas bandas aisladas de selvícolas, cuya supervivencia está constantemente amenazada por el avance colonizador de la sociedad nacional, hasta las importantes sociedades campesinas indias, fuertes y numerosas, de los altiplanos y las montañas andinas. A pesar de que las estimaciones varían y los censos son a veces poco confiables, es válido afirmar que las poblaciones indígenas hoy en día alcanzan cuando menos 30 millones en América Latina (cerca del 10% de la población total), y su número está creciendo.

Las políticas asimilacionistas de los gobiernos, de la Iglesia, de diversas organizaciones internacionales y asociaciones privadas han sido bastante exitosas a lo largo de los años, reforzando las tendencias naturales de la economía de mercado en expansión, de los medios de transporte y comunicaciones, de los sistemas escolares y de otros mecanismos integracionistas. Durante los años cincuenta y sesenta algunos observadores pronosticaban la inminente desaparición de los indios en América Latina a finales del siglo xx. Sin embargo, las cosas no han resultado exactamente de esta manera.

Hacia principios de los sesenta numerosas organizaciones indias militantes surgieron en diversas partes de América Latina, demandando un cambio en las políticas oficiales, así como el respeto a su cultura y el reconocimiento de su propia identidad india. Los intelectuales indígenas, quienes habían pasado por los sistemas escolares oficiales, desarrollaron argumentos en favor de políticas culturales alternativas. Los científicos sociales, muchos de los cuales habían trabajado al servicio de los gobiernos nacionales o de organizaciones internacionales en el campo de los asuntos indígenas, se habían vuelto críticos de la ideología oficial asimilacionista y planteaban nuevas interrogantes respecto de la "cuestión nacional" en América Latina. Era obvio que la problemática global de la cultura nacional y del nacionalismo cultural, debía ser formulada de nuevo.

Estas corrientes ideológicas y culturales renovadoras no emergieron, sin embargo, en el vacío. En primer lugar, coincidieron con movimientos similares en muchas partes del mundo que fueron calificados por los observadores como un "despertar étnico". En segundo lugar, surgieron en América Latina en un momento de creciente descontento con los tradicionales modelos de crecimiento económico y desarrollo social que habían sido adoptados por los gobiernos de la región a lo largo de más de veinte años. El llamado "desarrollismo" no

proporcionó la manera de salir de la pobreza y del atraso, tal como lo había prometido al principio, y los costos sociales, culturales y políticos de las estrategias orientadas exclusivamente al crecimiento legaron a ser particularmente altos en algunos países. Por un lado, se produjeron golpes de estado y gobiernos autoritarios y represivos; por el otro, movimientos guerrilleros revolucionarios y partidos políticos populistas con raíces populares rurales y urbanas, que se abocaron activamente a la búsqueda de modelos alternativos y de nuevas estrategias de desarrollo. En este proceso, fue necesario rechazar el concepto prevaleciente de cultura nacional y reconsiderar el papel de la multiplicidad de grupos étnicos indígenas en el proceso de desarrollo nacional.

De pronto, los gobiernos y la opinión pública adquirieron conciencia de que, en realidad, los grupos étnicos indígenas no eran vestigio viviente de algún pasado histórico que merecía ser tirado al basureo de la historia, sino que constituían fuerzas sociales dinámicas que demandaban su legítimo lugar en la sociedad contemporánea; pero no en los términos que decidieran los intelectuales elitistas, los ideólogos políticos, los burócratas gubernamentales o los misioneros extranjeros, sino en sus propios términos. Y estas demandas que los indios empezaron a formular a la sociedad nacional fueron de diversa índole.

En primer lugar, se referían a los derechos humanos más elementales, aquellos que habían sido establecidos como ley internacional en la Carta de las Naciones Unidas y en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, así como en instrumentos regionales similares. En efecto, a lo largo de la historia, los indios han sido las víctimas más vulnerables de las violaciones de los derechos humanos en América Latina. "El mejor indio es el indio muerto", esa cruel y racista consigna de los colonizadores, se aplica todavía en regiones tales como la selva amazónica, los llanos y las pampas, donde los colonizadores blancos o mestizos y los terratenientes difícilmente aceptan que matar indios puede ser un delito. La lista de asesinatos y masacres de indios es, a la fecha, larga y sangrienta, y el derecho a la vida, el más elemental de todos los derechos, es reivindicado legítimamente por los indios y los defensores de los derechos humanos en todo el continente. Numerosos casos que documentan la violación de los derechos humanos de las poblaciones indígenas son presentados cada vez con mayor frecuencia ante instancias tales como la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y la Comisión de Derechos Humanos de la ONU.

Una de las principales violaciones a los derechos humanos indígenas gira en torno a la cuestión de la tierra. Los indios en América Latina han sido expulsados de sus tierras prácticamente en todas partes, en un proceso que continúa llevándose a cabo en la actualidad. La tierra, a la cual los indígenas han siempre considerado un bien colectivo de uso comunitario, se transformó en propiedad privada a raíz de decretos promovidos durante la Colonia o por los gobiernos na-

cionales. De una manera u otra, las mejores tierras de los indios fueron acaparadas por terratenientes o colonos no indígenas. Con la introducción de la categoría legal de propiedad privada sobre la tierra, las comunidades indígenas han perdido paulatinamente la base sobre la cual descansa su sobrevivencia económica. Se han originado así emigraciones forzosas, hambre, pobreza y, sobre todo, la necesidad de buscar en otras actividades un ingreso monetario que permita la subsistencia.

Hoy en día, la demanda de los indígenas por la tierra no sólo incluye la necesidad de parcelas individuales para ser cultivadas por miembros de la comunidad, sino también el reconocimiento de un territorio indígena comunal o tribal, mediante el cual el grupo pueda preservar su identidad colectiva. Así, la lucha por el derecho a la tierra es también la lucha por la sobrevivencia cultural de las poblaciones indias.

Una tercera cuestión en la cual insisten las organizaciones indígenas dice respecto a los derechos colectivos lingüísticos y culturales. Éstos no han sido tradicionalmente reconocidos por los gobiernos nacionales, tal como se apuntó e incluso las políticas gubernamentales han sido a menudo intencionalmente destructivas hacia las culturas indígenas en nombre de valores tales como la unidad nacional, el desarrollo y el progreso. En la actualidad, esto ha empezado a cambiar. Los idiomas indígenas son formalmente reconocidos como lenguas nacionales, que no oficiales, además del español, en algunos países. Algunos gobiernos incluso ofrecen alfabetización y educación básica en las lenguas indígenas, y la educación bilingüe y bicultural, como alternativa a las tradicionales políticas asimilacionistas, se ha erigido como demanda de numerosas asociaciones indígenas y de diversas organizaciones internacionales. Algunos gobiernos han progresado más que otros en este sentido.

Lo que respecta al idioma es válido también para otros aspectos de la cultura indígena. De hecho, la posibilidad de preservar su propia cultura (entendida ésta en el amplio sentido antropológico del término, como un conjunto compartido de instituciones, valores, símbolos y relaciones sociales, que le da identidad a todo grupo social y lo distingue de otros grupos similares), es probablemente el factor esencial del que depende hoy en día la sobrevivencia de los pueblos indígenas como tales en América Latina.

La pérdida de la tierra y del idioma, la peligrosa debilidad de las culturas indígenas frente a las violentas agresiones externas, sólo pueden ser comprendidas en el marco de la falta de poder de que han sido víctimas las sociedades indígenas en relación con los gobiernos. A los indios les ha sido siempre negada una verdadera y eficaz participación política, desde que fueron despojados del poder que poseían antes de la conquista y forzados a integrarse al Estado nacional. En reali-

dad, para los indios la "integración nacional", afirmada como meta de todo Estado moderno implicó la pérdida de su soberanía y la indiferencia oficial ante ellos como entidades políticas. Muchos de los problemas que aquejan hoy en día a las comunidades indígenas se originan en el hecho de que, hasta hace muy poco tiempo, los indígenas han sido efectivamente excluidos del proceso político de toma de decisiones. Una de las demandas más comunes de las organizaciones indígenas es la participación en el poder político, cuando menos en aquellos asuntos que les conciernen directamente, así como el rechazo a las tradicionales actitudes paternalistas que asumen el gobierno y diversos organismos no indígenas que intervienen en estos asuntos. El derecho a la autodeterminación es una de las demandas que se han hecho escuchar insistentemente entre aquellos que hablan en favor de los indios latinoamericanos.

La demanda de los pueblos indios de ser escuchados y de participar íntegramente en el desarrollo de las naciones latinoamericanas plantea algunos problemas serios respecto a las políticas culturales que siguen los gobiernos, cuestionando a la vez la tradicional noción del Estado nacional" en América Latina. El concepto dominante de una cultura "nacional" única, tal como la ha definido la clase dirigente y el Estado, parece estar erosionándose y dando lugar a una mayor conciencia del carácter multiétnico, plural y culturalmente diversificado de las sociedades latinoamericanas. Esta relativamente nueva percepción de la cultura latinoamericana plantea un reto a los planificadores de políticas culturales. Algunas naciones se han enfrentado a este reto con espíritu creativo, flexible, y respetuoso ante las culturas populares minoritarias. Otras no han sido capaces aún de superar sus nociones tradicionales y elitistas respecto a la cultura. A esta dicotomía debe ahora agregarse, como un fenómeno relativamente reciente, la rápida penetración y expansión de los medios de comunicación masiva y de las industrias culturales, que se encuentran fundamentalmente bajo el control de empresas transnacionales.

Hoy en día, la configuración de la cultura latinoamericana debe necesariamente encontrar un equilibrio entre el concepto tradicional de culturas nacionales dominantes, las culturas populares e indígenas que vuelven a emerger y los gustos y modelos que imponen masivamente en el mercado las nuevas tecnologías de las industrias culturales.

